

EL TRASFONDO BÍBLICO EN *SAN MANUEL BUENO*, *MÁRTIR* DE MIGUEL DE UNAMUNO

Eduardo Godoy Gallardo
Universidad de Chile
Universidad Católica de Valparaíso

Resulta difícil encontrar un autor tan impregnado del sentimiento religioso como Miguel de Unamuno. Abrir cualquiera de sus escritos –sea novela, cuento, poesía, drama o ensayo– certifica lo dicho. Y, en especial, la figura de Cristo adquiere papel protagónico. Recuérdese los poemas dedicados al *Cristo de Cabrera*, el estremecedor *Cristo yacente de Santa Clara*, hasta llegar al poemario *El Cristo de Velázquez* (1920), que es calificado por Víctor García de la Concha como “... una de nuestras mayores obras literarias inscrita para siempre en la literatura universal”¹, a la vez que Vicente Marrero lo estimara como “... el más entrañable poema religioso español desde el siglo XVII”². La poesía última de Unamuno también refleja la permanente presencia de Cristo; es lo que sucede con su *Romancero del Destierro* (1928) y en su obra póstuma *Diario poético*. La imagen de un Cristo trágico, sangriento y doloroso queda expresada, entre otros, en su ensayo *El Cristo español*³, línea que es mitigada por el mencionado poemario inspirado en el Cristo de Diego de Velázquez, al que el mismo hablante lírico considera “... que habla con líneas y colores...”⁴.

¹ Unamuno, M.: *El Cristo de Velázquez*, edición de Víctor García de la Concha, Clásicos castellanos nº. 3, 1987, p. 72.

² Marrero, V.: *El Cristo de Unamuno* (Rialp. 1960, p. 120).

³ Puede leerse en *Ensayos* (Aguilar, 1951, pp. 391–395).

⁴ *El Cristo de Velázquez*, ed. cit., Canto 1, verso 15.

La última de sus obras narrativas, *San Manuel Bueno, mártir* (1931), está considerada como su testamento espiritual, pues recoge las preocupaciones que lo atormentaron toda su vida, a tal punto que para Julián Marías es la “... más entrañable y honda novela de Unamuno (...) la más suya, aquella en que alcanza la mayor fidelidad a sí mismo, a su propósito de penetrar en la realidad de la vida y la personalidad humana”⁵. La trama novelesca entrega el drama íntimo de don Manuel Bueno, un humilde cura de aldea, que vive la tragedia de haber perdido la fe. En la misión que se ha impuesto a sí mismo –el que sus feligreses sigan creyendo– se acompaña de Ángela y Lázaro –que son sus discípulos– y Blasillo, un pequeño irracional. Unamuno concentra en don Manuel el que fue su drama permanente⁶. La identificación de la problemática de don Manuel y del Unamuno real, es decir, la del ente ficticio y la del creador, es uno de los postulados centrales de la poética del escritor vasco: así lo especifica, por ejemplo, en *Cómo se hace una novela* en que sostiene que “... todas las criaturas son su creador...”, y que al personaje central de este ensayo-novela, U. jugo de la Raza, “...le gustan las novelas (...) y las busca para vivir en otro, para ser otro, para eternizarse en otro(...) busca las novelas a fin de descubrirse, a fin de vivir en sí, de ser él mismo”⁷.

Lo que se intenta mostrar en este ensayo es el trasfondo bíblico que subyace en el mundo creado por Unamuno en *San Manuel Bueno, mártir*⁸,

⁵ Marías, J.: *Miguel de Unamuno* (Austral n°. 991, pp. 118-119).

⁶ Sobre este problema unamuniano, existe extensa bibliografía. Véase, en especial, A. Sánchez Barbudo: “Una experiencia decisiva: la crisis de 1897” en *Estudios sobre Unamuno y Machado* (Guadarrama, 1959, pp. 43-79) y a A. Regalado García: “El comienzo de la lucha” en *El siervo y el señor. La dialéctica agónica de M. de Unamuno* (Gredos, 1968, pp. 57-90). Es indispensable consultar el testimonio personal expuesto en *Diario íntimo*, publicado póstumamente.

⁷ Unamuno, M. *Cómo se hace una novela* (*Obras Completas*, tomo X, Afrodisio Aguado, Editorial Vergara, 1958, pp. 866).

⁸ Nuestra lectura está señalada en el título del ensayo. No desconocemos que este ángulo de interpretación –que es una de las claves del texto– escapa un tanto a una lectura propiamente literaria: véase, al respecto, lo sostenido, entre otros, por C. Blanco Aguinaga: *Sobre la complejidad de San Manuel Bueno, mártir* (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, año XV, 1961, n°. 3 y 4) y por V. García de la Concha: Prólogo a edición de la novela (Austral A 110, 1989). Para este último, los dos textos unamunianos que contienen lo que es, novelescamente hablando, *San Manuel Bueno, mártir* son *Cómo se hace una novela* (1925-1927) y *Don Sandalio, jugador de ajedrez* (publicada junto con la novela citada): para el

y cómo es utilizado para identificar al sacerdote con la figura de Cristo. La verdadera *Pasión* interior que sacude al sacerdote tiene referente en la pasión de Cristo y en todo lo que acontece en Valverde de Lucerna⁹.

Las palabras que configuran el título son significativas y son un marco de referencia de indispensable consideración. Los nombres significan algo más que una agrupación de letras, pues ellos identifican: para Ortega y Gasset "... el nombre es ya una definición"¹⁰. El nombre del protagonista de la novela en cuestión es de clara raíz bíblica, pues nos remite a lo dicho por Isaías (cap. 7, vers. 14) al anunciar la venida del Mesías: "...el mismo Señor os dará la señal: sabed que Virgen concebirá y parirá un hijo y su nombre será Emanuel, o *Dios con nosotros*".

La permanencia de don Manuel en la aldea ejerce una influencia benéfica, y concreta lo que su nombre contiene en sí, Dios con nosotros. Una figura atrayente: "Se llevaba las miradas de todos, y tras ellas los corazones, y él al mirarnos parecía, traspasando la carne como un cristal, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todo los niños..."¹¹; una vida entera dedicada a los demás: "su vida era arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y sobre todo consolar a los amargados y atediados y ayudar a todos a bien morir" (p. 99); su voz no era de este mundo: "... una voz divina que hacía llorar" (p. 101) y, en otra ocasión "... aquella voz que era un milagro"

ensayista:"... culmina... (aquí) la propia teorización sobre el arte de la novela y la experimentación en ella llevada al extremo..." (p. 40).

⁹ Valverde de Lucerna es una aldea legendaria, de la que se relata un hecho milagroso con la intervención divina y que se encuentra en el fondo del lago de Martín de Castañeda, en Sanabria, Zamora: en la madrugada del día de San Juan se escuchan los sonidos de las campanas desde el fondo del lago (Una relación detallada de la leyenda se encuentra en Luis Cortés: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, Madrid 1948, IV, pp. 94-114). Unamuno crea, novelescamente, dos Valverde de Lucerna: la que está a orillas del lago y la que se encuentra bajo sus aguas. En la primera, transcurre el acontecer novelesco y está instalada en un aquí y un ahora, en un presente; en tanto la segunda lo hace en un allá y un ayer, pervive la tradición eterna, la intrahistoria unamuniana. Sobre este punto, véase: "*San Manuel Bueno, novela legendaria*" (*Atenea*, 1964, n.º. 406, pp. 75-94) de Eleazar Huerta.

¹⁰ Ortega y Gasset, J.: *En torno a Galileo*.

¹¹ He tenido ante mí las siguientes ediciones: García de la Concha, Víctor (Austral N. A. 110, 1990), Fernández Turienzo (Almar, Patio de Escuelas, 1978) y Valdés, Mario (Cátedra, Letras Hispánicas n. 95, 1979). Todas las citas textuales refieren a la edición de M. Valdés, p. 97.

(p.134); ejerce poderoso influjo sobre la gente: "... nadie se atrevía a mentir ante él, sin tener que ir al confesionario, se le confesaban" (p.102); su integración a Valverde de Lucerna es total y se ha convertido en su guía, lo dice Angela: "... La imagen de don Manuel iba creciendo en mí sin que yo de ello me diese cuenta, pues era un varón tan cotidiano, tan de cada día como el pan que pedimos a diario en el Padrenuestro..." (p. 114). Su participación en labores campesinas, su ayuda al maestro de escuela, sus visitas a los enfermos, su ayuda en el momento de la muerte, van configurando la imagen señalada que llega a uno de sus momentos cumbres en el episodio del payaso que sigue representando en tanto su mujer muere confortada por él (pp. 107-108).

Todo lo que he ido registrando es palmariamente anotado por la narradora, la que señala la relación entre ambos personajes, no solo por sus acciones, sino por otras circunstancias: al referirse a su cumpleaños, dice: "... su santo patrono era el mismo Jesús Nuestro Señor..." (p.101); en otra ocasión sostiene que "... nuestros dos Cristos, el de esta Tierra y el de esta aldea..." (p. 135); Lázaro escucha en la voz de Blasillo "¡Dios mío, Dios mío!" y "... se estremeció creyendo oír la voz de don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo" (p. 122) y recuerda palabras del sacerdote que son reflejo de la presencia de Jesús: "... Y estoy aquí para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerlos que se sueñen inmortales y no para matarlos..." (p.123).

Quien asume la narración es Ángela Carballino¹²: "... quiero dejar consignado, a modo de confesión y sólo Dios sabe, que no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal que llenó toda la más entrañada vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el poder de mi espíritu, el de Ángela Carballino" (pp. 95-96). Narrada en primera persona¹³, su objetivo es dejar constancia de la labor de don Manuel en

¹² Sobre las características de Ángela como narradora, véase Anderson, Reed: "The narrative voice in Unamuno's *San Manuel Bueno, mártir*" (*Hispanófile* n°. 50, 1974, 00. 67-76), en que se postula que Ángela Carballino: "... not Don Manuel, as the novel's main character, and that we regard her struggle with her own belief and with her own existence as the novel's most intriguing aspect..."(p.68).

¹³ La imagen que conocemos de don Manuel es la que nos entrega Angela: su figura está permeabilizada, además, por lo que Lázaro le relata a su hermana y por lo que, además, el propio Unamuno establece en el Epílogo (pp. 148-150).

Valverde de Lucerna y del drama que sacudió su alma, su pérdida de la fe. En la voz de Angela resuena la tradición evangélica, pues cumple el mismo papel de los evangelistas con respecto a Cristo. Mediante sus palabras, surge la figura de un sacerdote de aldea a quien con propiedad puede aplicarse aquello de *Dios con nosotros*.

La presencia bíblica se marca desde el inicio del relato y está —además de lo señalado respecto al nombre— en el epígrafe que antecede a las memorias de Angela. Se cita a San Pablo (*Carta a los Corintios*, 1, 15, 19): “Si sólo en esta vida esperamos en Cristo, somos los más miserables de los hombres todos”, con lo que señala el apóstol el dolor de seguir a Cristo sin que se tenga la certeza o esperanza de una resurrección.

Lo señalado da una clave para entender el mundo novelesco y, muy en especial, a don Manuel, pues en el manuscrito del texto que revisamos era otro el epígrafe que lo encabezaba, un texto de San Juan (cap. 11, vers. 35): “Lloró Jesús”, que se refiere a la resurrección de Lázaro, hermano de Marta y María.

El cambio de epígrafe se justifica ampliamente por el problema íntimo que remece a don Manuel. La duda agónica que lo acongoja dice relación con la continuidad o discontinuidad del vivir terrenal que es lo que se expresa en las palabras citadas de San Pablo¹⁴.

Diversos momentos refieren a hechos que están vinculados con el actuar de Cristo. Uno de los más significativos es el relatado por San Juan (cap. 5, vers. 2,3 y 4) en que se cuenta la cura milagrosa de un paralítico por Jesús:

“Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de la Oveja, una piscina de cinco corredores llamada Betsaida en idioma hebreo. Bajo los corredores yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando que el agua se removiera. Porque un ángel bajaba de vez

¹⁴ La presencia de la muerte es tema de estudio recurrente en la crítica unamuniana. Véase, entre el verdadero océano bibliográfico: *Unamuno a la busca de la inmortalidad*, de Eduardo Malvido Miguel (Ediciones San Pío X, Salamanca 1977), *Death in the literature of Unamuno*, de Mario Valdés (Urbana 1964) y *Las cinco batallas de Unamuno contra la muerte*, de José Miguel de Azaola (Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno n.º. 2, 1951, pp. 3-109).

en cuando y removía las aguas. Y el primero que se metía cuando el agua se agitaba, quedaba sano de cualquier enfermedad”.

La acción realizada por Cristo —y el mismo lugar— es reproducida por el cura de Valverde de Lucerna:

“En la noche de San Juan, la más breve del año, solían y suelen acudir a nuestro lago todas las pobres mujerucas, y no pocos hombrillos, que se creen poseídos, endemoniados, y que parece que no son sino histéricos y a las veces epilépticos, y don Manuel emprendió la tarea de hacer él de lago, de piscina probática y tratar de aliviarles y si era posible de curarlos. Y era tal la acción de su presencia, de sus miradas, y tal sobre todo la dulcísima autoridad de sus palabras y sobre todo de su voz —¡qué milagro de voz!— que consiguió curaciones sorprendentes. Con lo que creció su fama, que atraía a nuestro lago y a él a todos los enfermos del contorno” (p.100).

La confrontación de ambos párrafos lleva a establecer en forma clara la identidad Cristo = don Manuel, la piscina de Betsaida = lago de Valverde de Lucerna, el paralítico del Evangelio = enfermos de la aldea y contornos.

En repetidas oportunidades, Jesús se refirió a la justicia. En el texto unamuniano se encuentran dos referencias directas a su ejercicio. En la primera, ante la solicitud de un juez para que un acusado confesara su delito, establece que “... la justicia humana no me concierne. ‘No juzguéis para no ser juzgados’ dijo Nuestro Señor” (p. 103), lo que remite a lo dicho en San Mateo (cap. 7, vers. 1-2): “No juzguen y no serán juzgados; porque de la manera que juzguen serán juzgados y con la medida con que midan los medirán a ustedes”. En otro momento, completa la respuesta al juez: “... dé usted, señor Juez, al César lo que es del César, que yo daré a Dios lo que es de Dios” (p. 103), que se corresponde con lo expuesto en Lucas (cap. 20, vers 21 a 25) en que Jesús responde a la interrogante sobre el pago de los impuestos al César.

Conocido es el episodio de las bodas de Caná de Galilea narrado por San Juan (cap. 2, ver. 1-9) en que María comunica a su hijo que el vino se

ha acabado y le pide a los sirvientes que hagan lo que él les diga. El agua se convierte en vino. Don Manuel en la celebración de una boda dijo “¡Ay, si pudiese cambiar el agua toda de nuestro lago en vino, en un vinillo que por mucho que de él se bebiera alegrara siempre, sin emborrachar nunca... o por lo menos con una borrachera alegre!” (p. 107).

La expresión bíblica “... todavía no ha llegado mi hora” dicha por Jesús en el Evangelio (San Juan cap.2, vers.3-4), es parafraseada por don Manuel al solicitársele que haga un milagro: “-No tengo licencia del señor obispo para hacer milagros” (p. 101).

Se parafrasea, también, la denominada *transfiguración*. En el Evangelio según San Mateo (cap. 17, vers. 1-3) se relata así: “... Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó a un cerro alto, lejos de todo. En presencia de ellos, Jesús cambió de aspecto: su cara brillaba como el sol y su ropa se puso resplandeciente como la luz. En ese momento, se les aparecieron Moisés y Elías y hablaban con Jesús...”, visión que es rememorada en las memorias o confesiones de Angela: “En el pueblo todos acudían a misa, aunque sólo fuese por oírle y verle en el altar, donde parecía transfigurarse, encendiéndosele el rostro” (p. 103).

Otros momentos relacionados con acontecimientos bíblicos: el angustioso grito de la madre de don Manuel “... que desgarraba el templo” (p. 112) remite a San Mateo (cap. 27, vers 51); en el diálogo entre Lázaro y Angela, luego de saber el secreto del sacerdote, se pronuncia una de las bienaventuranzas: “Bienaventurados los pobres de espíritu” (p. 124) encontrable en San Mateo (cap. 5, vers. 1-12, específicamente la tercera); en conversación con Lázaro, don Manuel establece la clase de función que él tiene: “... Ya sabes aquello de “mi reino no es de este mundo”. Nuestro reino, Lázaro, no es de este mundo...” (p. 132), lo que proviene de San Juan (cap. 18, vers. 36); don Manuel confiesa a Lázaro su terrible dilema y dice: “... yo también puedo decir con el Divino Maestro: ‘Mi alma esté triste hasta la muerte’...” (p. 133), clima espiritual que se encuentra en San Mateo (cap. 26, vers. 38): “siento una tristeza de muerte, ¡quédense Uds. aquí velando conmigo”, y en San Marcos (cap. 1, vers. 34): “Siento en mi alma una tristeza mortal. Quédense aquí y permanezcan despiertos”; se reza en forma conjunta el Padrenuestro (p. 135), lo que se encuentra en San Mateo (cap. 6, vers. 9-13); la comparación con el Lázaro bíblico: “El me hizo un hombre nuevo, un verdadero Lázaro, un resucitado” (p. 141), lo que se vincula con el episodio narrado por San Juan (cap. 11, vers. 1-45); en el momento en que Lázaro comulga por primera vez era de madrugada y

“...cantó un gallo” (p. 121), episodio que remite a San Mateo (cap. 26, vers. 33-75) y San Lucas (cap.27 Vers. 60), momento clave en el proceso de la *Pasión* de Cristo.

Importante función cumplen en la caracterización de don Manuel y en el trasfondo bíblico que el texto tiene, las referencias a las denominadas siete palabras (*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen; Hoy estarás conmigo en el Paraíso; Madre, ahí tienes a tu hijo; Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?; Tengo sed; Todo está consumado; En tus manos encomiendo mi espíritu*) que Cristo pronunció en la cruz: son ellas un referente clave que permite la vinculación estrecha entre ambos personajes. Son tres las que se incorporan en el texto.

La primera se encuentra presente en el momento en que don Manuel pronuncia el sermón de Viernes Santo: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” (p. 101) y, a continuación, comenta la narradora: “... Pasaba por el pueblo todo un temblor hondo como por sobre las aguas del lago en día de cierzo de hostigo. Y era como si oyesen a Nuestro Señor Jesucristo mismo, como si la voz brotara de aquel viejo crucifijo a cuyos ojos tantas generaciones de madres habían depositado sus congojas...” (p. 102).

La referencia bíblica de esa situación se encuentra en el Evangelio según San Mateo (cap. 26, vers. 45-46), son las últimas palabras de Cristo: “Desde el mediodía hasta las tres de la tarde, se cubrió de tinieblas la tierra. Cerca de las tres, Jesús gritó con fuerza: Elí, Elí, lamma sahactany. Lo que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, lo que se refuerza con la presencia de la madre de don Manuel en el templo y que exclama “¡Hijo mío!” (p. 102). La identificación con la madre del crucificado se concreta en palabras de la narradora: “... y fue un chaparrón de lágrimas entra todos. Creeríase que el grito maternal había brotado de la boca entreabierta de aquella Dolorosa –el corazón traspasado por siete espadas– que había en una de las capillas del templo...” (p. 102), situación que se relaciona con San Juan (cap. 19, vrs. 25-27).

El segundo momento, en cuanto a las siete palabras que Cristo pronunció en la cruz, se recuerda dos veces: en la última Semana de Pasión en que don Manuel está presente: las pronuncia *sollozando*: “... y cuando dijo lo del Divino Maestro al buen bandolero, –‘Todos los bandoleros son buenos’, solía decir nuestro Don Manuel– aquello de ‘Mañana estarás conmigo en el Paraíso’ ” (p.134), y luego son parafraseados en el episodio de la muerte de la mujer del payaso al decirle don Manuel: “–El santo eres tú,

honrado payaso; te vi trabajar, y comprendí que no sólo lo haces para dar pan a tus hijos, sino también para dar alegría a los de los otros, y yo te digo que tu mujer, la madre de tus hijos, a quien he despedido a Dios mientras trabajabas y alegrabas, descansa en el Señor, y que tú irás a juntarte con ella y a que te paguen riendo los ángeles a los que haces reír en el cielo de contento” (p. 108).

Ambas citas remiten al episodio bíblico conocido como el *del buen ladrón* y que relata Lucas (cap. 23, vrs. 42-43).

El tercer momento se encuentra al morir la madre de los hermanos Lázaro y Angela: en ese último momento se produce un diálogo entre los hermanos, su madre y don Manuel. El sacerdote cierra la narración invocando las santas palabras :“–¡En tus manos encomiendo mi espíritu!” (p.119), lo que remite a San Lucas (cap. 23, vrs. 44-46).

Se hace especial hincapié en la última Semana de Pasión que don Manuel presidió. Adquiere aquí una connotación extrema el “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” que se repite cinco veces en el texto –única expresión que tiene tal privilegio– y que en estos momentos, además, la narradora dice que “... sollozó..” (p. 134). La comunión impartida a los fieles, y en especial a Angela y Lázaro, que son los discípulos que él deja en este mundo, adquiere, también connotaciones sobrenaturales. Muere ejemplarmente en medio de sus feligreses: reza, en conjunto con su pueblo, el Padrenuestro, el Santa María, la Salve y, por último, el Credo, en medio del cual muere al llegar a lo de “la resurrección de la carne y la vida perdurable”(p. 140) junto a Blasillo¹⁵.

Valverde de Lucerna, al verlo muerto, repite lo sucedido con Cristo en el Evangelio: “El pueblo todo se fue en seguida a la casa del santo a recoger

¹⁵ Significativa es la muerte conjunta de don Manuel y Blasillo: el dudador trágico y el creyente inocente mueren juntos: en la mano que don Manuel toma en el último momento, está presente su deseo de recuperar la fe de su infancia. Recuérdese lo dicho por Unamuno en el *Prólogo* de las *Tres novelas ejemplares y un prólogo* en que sostiene que el hombre se salvará o se condenará por lo él quiso ser, no por lo que es. Don Manuel no es un dudador cualquiera, en él hay una agonía permanente que es el efecto de no tener la fe inocente del niño, ¿por qué no pensar que en él existió el *querer creer*? La infancia juega un rol central en el pensamiento unamuniano: véase lo sostenido por Blanco Aguinaga, C.: *El Unamuno contemplativo* (El Colegio de México, 1959), y mi ensayo: “La infancia y la vía cordial como espacios de consuelo y reencuentro con la fe en Unamuno” (*Signos*, nº. 44).

reliquias, a repartirse retazos de sus vestiduras, a llevarse lo que pudieran como reliquia y recuerdo del bendito mártir...” (p.140). El reparto de las vestiduras de Cristo es narrado por San Mateo (cap. 27, ver. 35-36), San Marcos (cap. 15, ver. 23-24), San Lucas (cap. 23, vrs. 34) y San Juan (cap. 19, ver. 24).

Hasta ahora he ido registrando lo concerniente al protagonista; sin embargo, queda otro aspecto a determinar que se encuentra en directa relación con lo anterior: se trata de la presencia del paisaje en *San Manuel Bueno, mártir*.

Sabido es que en la teoría novelesca unamuniana se le da preferencia excepcional al diálogo en desmedro de lo descriptivo, a lo que se considera paja. De aquí proviene que en sus novelas el espacio o escenario como tal desaparece, lo que representa la postura del autor frente a la concepción naturalista del novelar: le interesa lo interior, descender al hondón del alma, no lo exterior¹⁶.

Desde las primeras líneas, la narradora nos sitúa en el espacio en que ella está inserta y desde el que narra: se trata de una aldea, Valverde de Lucerna, del lago, y la montaña. Ninguno de ellos es descrito externamente. No se entregan los elementos que los integran; sin embargo, en la mente del lector se presentan como partes inseparables de los personajes y, muy en especial, de don Manuel. Ahí está la posición de la madre, de quien se dice que “... no podría vivir fuera de la vista de su lago, de su montaña, y sobre todo de su don Manuel” (p. 116) y que incluso, después de muerta, vería a su hijo Lázaro, desde “... el cielo, en un rincón de las estrellas desde donde se viese el lago y la montaña de Valverde de Lucerna...” (p. 118); el mismo sacerdote clarifica su posición frente a su contorno : “... mi monasterio es Valverde de Lucerna. Yo no debo vivir solo; yo no debo morir solo. Debo vivir para mi pueblo. ¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo?” (p.109); la misma Angela, al morir su hermano, clarifica lo que venimos diciendo: “... él me enseñó a vivir, a sentir la vida, el sentido de vivir de la vida, a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea, a perdernos en ellas para quedar en ellas. El me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi

¹⁶ La teoría novelesca unamuniana se encuentra esparcida en todos sus textos. Véase, en especial, *Niebla*, el *Prólogo* citado en nota 15, el ensayo *A lo que salga* y, fundamentalmente, *Cómo se hace una novela*.

aldea, y no sentía yo más pasar las horas, y los días y los años, que no sentía pasar el agua del lago. Me parecía como si mi vida hubiese de ser siempre igual. No me sentía envejecer. No vivía yo ya en mí, sino que vivía en su pueblo y mi pueblo vivía en mí¹⁷. Yo quería decir lo que ellos, los míos, decían sin querer. Salía a la calle, que era la carretera, y como conocía a todos vivía en ellos y me olvidaba de mí...” (pp. 145-146).

Los ejemplos dados –y otros– apuntan, precisamente, a lo que se ha señalado: la presencia de un paisaje en el cual los habitantes de Valverde de Lucerna se sumergen y se definen dentro de él: uno y otro se compenetran.

¿Cómo explica esta no detallar el escenario en que se desarrolla la historia? Lo que sucede es que el novelista vasco ha optado no por *describir*, sino por *sugerir* un paisaje, lo que conduce a una *simbolización* de él. Esto lo aleja, además, de las técnicas decimonónicas del novelar que Unamuno tanto despreciaba: “... el escenario de su drama religioso cobra gradualmente prestigios de paisajes bíblicos que, superponiéndose al que inspiró el de la novela, transforma a ésta mágicamente, intermitentemente, en un trozo de Tierra Santa...”¹⁸.

Basándose en lo transcrito, el profesor Rodríguez-Alcalá deduce que se está en presencia de un escenario *palestinizado*, lo que se comprueba en la serie de ejemplos que hemos dado en la primera parte de este ensayo, partiendo de la calificación de *voz evangélica* dada a Angela. En este sentido, tanto Valverde de Lucerna como el lago y la montaña tienen su correspondiente en espacios bíblicos que vieron deambular la figura de Cristo.

Lo sugestivo, además, apunta al sentido que tendría el relato en relación directa con los problemas íntimos de don Manuel, y el escenario se constituiría en la proyección de su conciencia y de su yo íntimo: la aldea –en su doble existencia, la real y la legendaria hundida en el fondo del lago– es la dimensión entre lo terrenal y lo eterno, lo histórico y lo intrahistórico, que definen a don Manuel¹⁹; la Naturaleza concreta un tipo de eternidad; la

¹⁷ Se parafrasea aquí lo dicho por San Pablo: “Estoy crucificado con Cristo. Y ahora no soy yo el que vive, sino que es Cristo que vive en mí. Y esta vida mortal que vivo al presente, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí...” (Galatas, 2,20).

¹⁸ Rodríguez Alcalá, H.: “El escenario de *San Manuel Bueno, mártir*, como incantatio poética” en *Spanish Thought and Letters in the Twentieth Century* (Vanderbilt University Press, 1969, p. 409).

¹⁹ Unamuno plantea su teoría de la intrahistoria en *Cinco ensayos en torno al casticismo* (1905), fundamental para comprender lo que significa Valverde de Lucerna en la novela.

montaña simboliza la fe del pueblo cuyas oraciones suben a lo alto y, al mismo tiempo, la fe agónica del sacerdote cuyas palabras permanecen al pie de ella; el lago, a su vez, representa, igual que la montaña, la duda de don Manuel y la fe del pueblo; el cierzo, que baja de la montaña y agita las aguas del lago, simboliza, también, la duda que remece a don Manuel; la nieve que permanece en la montaña o cae sobre el lago está en relación con el tipo de fe que sacude a don Manuel y la que tienen sus feligreses, con el transcurso del tiempo, con el olvido y con la condición efímera del vivir terrenal, al mantenerse en la cima de la montaña y al derretirse en contacto con el agua²⁰.

La relación establecida entre don Manuel –y por medio de él de todos los personajes– y el escenario está ya sugerido en las primeras líneas de la novela al describir Angela al sacerdote por primera vez: “Era alto, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago” (p. 97). El alma del sacerdote, que es lo que se define en estas palabras, atraviesa todo el escenario en que se desenvuelve su vida y lo identifica con ese espacio: de la cumbre de la montaña a lo más profundo del lago, y, entre ellos dos, la aldea. El momento de conversión de Lázaro concretiza lo dicho: “Y llegó el día de su comunión, ante el pueblo todo, con el pueblo todo. Cuando llegó la vez a mi hermano pude ver que don Manuel, tan blanco como la nieve de enero en la montaña, y temblando como tiembla el lago cuando le hostiga el cierzo, se le acercó con la sagrada forma en la mano...”(p.120).

Todo lo que se ha dicho hasta ahora, en cuanto al trasfondo bíblico que tiene el texto analizado, hace referencia al Nuevo Testamento, específicamente a lo expuesto en los Evangelios. Sin embargo, en el fondo de lo relatado, se encuentra también la huella del Antiguo Testamento, tanto en la figura del cura como en el clima ideológico que atraviesa el texto. En *Del sentimiento trágico de la vida*, su obra magna, hay un párrafo que aúna el Antiguo y el Nuevo Testamento, que son pertinentes a la novela, y que, creo, debe servir como puerta de entrada para revisar el texto unamuniano desde el ángulo que se ha adoptado:

²⁰ Sobre la simbología aludida, véase Rodríguez Alcalá, ensayo citado.

“‘Seréis como dioses’, cuenta el Génesis (III, 5) que dijo la serpiente a la primera pareja de enamorados.

‘Si en esta vida tan sólo hemos de esperar en Cristo, somos lo más lastimosos de los hombres’, escribía el Apóstol (1 Corintios, XV, 19) y toda religión arranca históricamente del culto a los muertos, es decir, a la inmortalidad”²¹

Ambas citas confluyen en *San Manuel Bueno, mártir* y proporcionan el ángulo de interpretación desde el que hemos abordado el texto unamuniano.

El sacerdote, como se ha indicado, es caracterizado teniendo como referente la imagen de Cristo entregada en los Evangelios mediante sus actos, pero este personaje no quedaría completo si no se aludiera a su condición de conductor, de guía de su pueblo. Es en este aspecto en que nos encontramos con un personaje del Antiguo Testamento: él es Moisés, el líder israelita que tiene como misión llevar a su pueblo a la tierra prometida. En las primeras líneas del relato, Angela alude a esta condición:

“... al llegar a conocer el secreto de nuestro santo, he comprendido que era como si una caravana en marcha por el desierto, desfallecido el caudillo al acercarse al término de su carrera, le tomaran en brazos los suyos para meter su cuerpo sin vida en la tierra de promisión” (p.104).

Moisés es una de las figuras emblemáticas del Antiguo Testamento. Conduce a su pueblo hacia la tierra prometida, pero, por un pecado no especificado²², no logra llegar a ella y muere en su intento por decisión divina. En el momento de su muerte, el sacerdote alude específicamente al conductor israelí y le pide a Lázaro que prosiga la misión que se ha impuesto:

“... Como Moisés, he conocido al Señor, nuestro supremo ensueño, cara a cara, y ya sabes

²¹ Del sentimiento trágico de la vida (Capítulo III: “El hambre de inmortalidad”).

²² Véase *Diccionario de la Biblia* de Haag, Van Der Born y de Ausejo (Herder, Barcelona 1987, pp. 1278-1288).

que dice la Escritura que el que le ve la cara a Dios, que el que le ve al sueño los ojos de la cara con que nos mira, se muere sin remedio y para siempre. Que no le vea la cara a Dios nuestro pueblo mientras viva, que después de muerto ya no hay cuidado, pues no verá nada..." (p. 138)

Los hechos a que alude don Manuel, en esta su última conversación con Lázaro, refieren a sucesos claves relacionados con Moisés: el Creador le muestra la tierra prometida y le dice que no entrará en ella ("... Te dejo verla con tus ojos, pero no pasarás a ella"), es enterrado ("...Nadie hasta hoy ha conocido su tumba..."), asume Josué como su sucesor ("... estaba lleno de espíritu de sabiduría, porque Moisés le había impuesto las manos...")²³, la detención del sol por el nuevo líder ("... el sol se detuvo y la luna se paró hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos..." *Libro de Josué*, 10,12-15), el que le ve la cara a Dios muere: "... mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo..." (*Exodo*, 33, 18-20).

La designación de Lázaro como sucesor de don Manuel ("...Sé, tú, Lázaro, mi Josué...", p.138) reitera la vinculación del cura con Moisés. Lázaro, desde ese momento, asume su rol de guía de los feligreses del pueblo de Valverde de Lucerna y su única aspiración es reunirse con don Manuel: al recordarle Angela la necesidad, según lo decía don Manuel, de incentivar *el contento de vivir*, recordará palabras evangélicas: "Eso para otros pecadores, no para nosotros que le hemos visto la cara a Dios, a quienes nos ha mirado con sus ojos el sueño de la vida" (p.142).

Valverde de Lucerna, incrustada entre el lago y la montaña, ve transcurrir la vida de don Manuel en que se entrecruzan las personalidades bíblicas de Moisés y Cristo. Hay entre ellos una íntima relación, como la hay en los textos sagrados a los que pertenecen. Los tres lugares espaciales juegan, en este sentido, un rol central en tal relación. Unamuno ha sostenido que la historia narrada se ubica en la provincia de Zamora, en el lago de San Martín de Castañeda²⁴; sin embargo, en ese escenario no se encuentra la montaña, que es uno de los pilares de la trama.

²³ Las tres citas corresponden a *Deuteronomio* 34, 1-12.

²⁴ Prólogo antepuesto a las ediciones de 1932 y 1933.

¿Por qué la incorporación de la montaña? La crítica ha considerado de manera preferente la relación montaña = fe y lago = duda²⁵. Sin embargo, cabe pensar que montaña y lago identifican al Antiguo y al Nuevo Testamento, respectivamente²⁶; pues en el primero hay una preferencia marcada por los sitios altos, en tanto que en el segundo la hay por lugares cercanos al agua, lo que se concreta en las existencias de Moisés y de Cristo, es decir, en don Manuel de nuestra novela.

En efecto, en el Antiguo Testamento existe una inclinación por lo alto, montes y montañas: el caso de Moisés lo ilustra claramente al situar momentos centrales de su vida en lo alto: su encuentro con Dios en el monte Hor (*Exodo*, 3, 1-21), las tablas de la ley le son entregadas en el monte Sinaí (*Exodo* 34, 1-35) y su muerte en el monte Nebo (*Deuteronomio* 34, 1-10); en tanto el Nuevo Testamento se ubica, en especial, alrededor de las aguas, específicamente el mar de Galilea, donde transcurre la vida de Cristo.

Todo indica que la relación montaña–lago es un elemento de caracterización y unión entre las Sagradas Escrituras y los dos personajes de mayor valor, los que se encarnan en don Manuel.

La vida de esta humilde cura de aldea está signada por la *Pasión*. Lo dice Angela, que siente despertar su instinto maternal, al querer aliviarlo de la agonía: “... del peso de su cruz de nacimiento” (p.115). En el *Prólogo* escrito en 1933, Unamuno estableció la clave central de su *San Manuel Bueno, mártir*: “...tengo la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana”. Su lectura, con todo el trasfondo bíblico que la ilumina, nos certifica que no solo describe su propia *Pasión*, sino también la de sus feligreses, la de Cristo y la del mismo lector como lo estableció en *Cómo se hace una novela*: “Cuando el lector llegue al fin de esta dolorosa historia se morirá conmigo”²⁷. Los versos que identifican su tumba, en Salamanca, aluden a esa *Pasión* que fue su vida:

“Méteme, Padre Eterno, en tu pecho
misterioso hogar,
dormiré allí pues vengo deshecho
del duro bregar”

²⁵ Es la posición adoptada por Rodríguez, A. y Farren, K. “Sobre el lago y la montaña en *San Manuel Bueno, mártir*” (Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, n. XXXI, 1996, pp. 115-119)

²⁶ Seguimos aquí lo señalado por Rodríguez y Farren, ensayo cit.

²⁷ *Cómo se hace una novela*, ed. cit., p. 866.

ABSTRACT

El ensayo determina el trasfondo bíblico que yace en San Manuel Bueno, mártir, de Miguel de Unamuno, lo que se realiza a través de un rastreo minucioso de personajes y hechos presentes, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La narradora adquiere el carácter de voz evangélica y relata la vida de don Manuel, un humilde cura de aldea, en quien se fusionan las figuras de Moisés y Cristo, y diversos hechos relacionados con ellos. El conocimiento de estas relaciones es indispensable para comprender, cabalmente, el texto unamuniano.

The aim of this essay is to identify the biblical background underlying Unamuno's "San Manuel Bueno, mártir". This is effected through a meticulous tracing of facts and characters present both in the Old and the New Testament. The female narrator assumes the character of an evangelical voice relating the life of D. Manuel, a humble parish priest, in whom the figures of Moses and Christ are fused, together with diverse facts related to them. The knowledge of these relationships is indispensable for a thorough understanding of Unamuno's text.